

La verdad tiene rostro rural

Crónicas para la no repetición del conflicto armado en el centro del país



EDUCAPAZ

Programa Nacional de
Educación para la Paz

Escuelas de Palabra

Presentación



En la Comisión de la Verdad, la participación amplia y plural de todos los actores del conflicto en los diferentes escenarios de escucha públicos y privados ha sido una estrategia de democratización social que está contenida en el mandato de esta entidad. La Macrorregión Centroandina de la Comisión, ha escuchado principalmente a las víctimas del conflicto, también a quienes participaron de manera directa e indirecta en el mismo, así como otros actores en los territorios en el marco de los 4 objetivos misionales, para que el esclarecimiento de la verdad se produzca en el marco de un proceso de participación ciudadana.

A esta tarea misional, se suma el desarrollo de escenarios específicos para el diálogo, la argumentación y la deliberación respetuosa sobre temas que son necesarios visibilizar en las regiones, para que se reconozcan, se analicen y se promuevan colectivamente las contribuciones para la no continuidad y no repetición del conflicto armado. Sobre esta base, la Macrorregión centroandina ha propuesto 4 diálogos para la no repetición y no continuidad del conflicto, cuyos ejes temáticos han sido sobre los aprendizajes del conflicto en los impactos a la mujer rural y a los productores rurales; las afectaciones y persistencias del conflicto en la vinculación de niños, niñas y jóvenes; las afectaciones a la democracia, a los líderes y lideresas sociales, políticos y defensores de derechos humanos.

Como parte de este proceso de diálogo, hemos diseñado cuatro crónicas regionales que recogen de manera didáctica, historias alrededor de los temas de cada diálogo, que reflejan rostros y voces de la región, compuestas en una narrativa que muestra experiencias de vida, resistencias y afrontamientos; tienen el propósito de poner en relieve reflexiones, para reconocer la gravedad del daño que ha dejado la guerra especialmente en la ruralidad, para hacer un llamado al respeto por los derechos de todos y todas, para que hechos dolorosos como los vividos durante el conflicto armado por tantas comunidades, nunca más se repitan.

Las opiniones presentadas en esta revista, no reflejan la postura de la Comisión de la Verdad. Algunos nombres y lugares han sido cambiados para proteger la identidad y la seguridad de las víctimas.



Teresa, María y Bernarda: tres historias de resistencia del campesinado colombiano

Tres mujeres a las que las une la montaña, la lucha por la tierra y la resistencia. Sus luchas, desde distintas orillas, son por romper las violencias heredadas que han vivido en sus comunidades.

Aunque son de generaciones y lugares distintos, a estas tres mujeres las une la montaña, la lucha por la tierra y la resistencia. Sus vidas han sido marcadas por episodios de violencia, ellas son reflejo del conflicto armado que han vivido las mujeres rurales de la región Centroandina de Colombia, las dinámicas territoriales, el actuar de los actores armados. Pero ellas también son reflejo de la determinación y de la persistencia para romper los ciclos heredados de violencia que han vivido sus poblaciones. Sus voces se encontraron por primera vez en el primer diálogo regional sobre las lecciones aprendidas del conflicto armado adelantado por la Comisión de la Verdad.

Teresa: entre esmeraldas y leyendas

Cuentan los aborígenes Muzos que en donde hoy se ubica la provincia de Occidente en Boyacá, el dios Are creó la Tierra. Detenido en los límites de lo que ahora es San Pablo de Borbur, Pauna y Muzo, Are formó a Fura (mujer) y Tena (hombre) y les otorgó la vida eterna. Zarbi, un forastero que buscaba una flor que otorgaba poderes especiales, irrumpió en la tranquilidad del valle y sedujo a Fura, quien al romper la regla de la fidelidad impuesta por Ace le hizo perder su juventud. Cuando Tena la vio y notó el cambio en su rostro, entendió que se había roto el pacto y decidió suicidarse. Are en castigo los transformó a ambos en grandes montañas, divididas por Zarbi, quien fue convertido en torrente del río Minero, mientras las lágrimas derramadas por Fura (que finalmente lograron el perdón de su dios) se convirtieron en esmeraldas y sus lamentos en mariposas de colores.

Debieron ser muchos los lamentos de Fura, pues en esta zona de Boyacá se ubican las minas de Borbur, Coscuez, Chivor, Peñas Blancas y Otanche. Esta región es considerada una de las zonas de yacimientos de esmeraldas más grandes de Colombia y del mundo. Esta particularidad del territorio desencadenó las llamadas guerras verdes, que para algunos autores dejaron hasta 6.000 víctimas (Prías, Gil y Mendieta, 2017), en medio de la creación de grupos privados armados



EDUCAPAZ

Programa Nacional de
Educación para la Paz

Escuelas de Palabra

precursores del paramilitarismo, de disputas entre patronazgos que marcaron fronteras ilegales por el control y el poder del territorio y que, sumada a las alianzas con el narcotráfico y la presencia marginal de las antiguas FARC-EP en algunas zonas, llevarían a sus pobladores a vivir por décadas la zozobra de la violencia.

Fe de ello puede dar Teresa, nacida en pleno corazón de San Pablo de Borbur a principios de los años 60. Ella tenía escasos cinco años cuando su padre le dio lecciones sobre cómo manejar la carabina, el mampuesto, los trinquetes (armas de cinco tiros que se abrían a la mitad) y hasta el fusil, según él, para que estuviera preparada ante un ataque de los chusmeros. No tenía 20 años cuando la muerte había tocado dos veces su vida. La primera, se había dado por el segundo esposo de su madre, quien en una discusión asesinó a uno de sus hermanos. La segunda, fue la muerte de su padre Jacinto en medio del contexto de una espiral de venganzas familiares.

En el occidente de Boyacá la fiebre esmeraldera desató la llamada “guerra verde”. En la década del 60 con el descubrimiento de minas en San Pablo de Borbur, comenzó la migración de cientos de personas de otras regiones que atraídas por el “oro verde” se doblegaban a “aquellos que disponían de medios para la defensa y la coerción social”; mientras que a aquellos que dominaron el negocio se les conoció como “zares de la esmeralda” (Páramo, 2011). Se estima que la primera ola de la guerra verde que se vivió entre 1965 y 1975 y que estuvo caracterizada por el enfrentamiento de bandas compuestas por antiguos combatientes en las guerras bipartidistas y guaqueros, esto dejó un saldo de entre 700 y 1200 muertos, con crímenes en Bogotá, Muzo, Quípama, Otanche y Chiquinquirá, principalmente.

Cuando parecía que el conflicto no podía agudizarse más, la nueva ola de la guerra verde se extendió en medio de la consolidación de alianzas entre narcotraficantes y esmeralderos y el afianzamiento de grupos paramilitares que, después de 1984, llevó a los pobladores de la provincia de Occidente a quedar divididos por las fronteras ilegales. Luego de la muerte del minero Arsenio Acero y de sindicalizar a Laureano López, empezó una cadena de venganzas entre estas dos familias que luego se extendieron hasta conformar los grupos de Borbur (incluía las poblaciones Otanche, San Pablo de Borbur, Santa Bárbara —jurisdicción de San Pablo de Borbur- y Muzo) y los de Coscuez (jurisdicción de Otanche, Maripí y Pauna).

A la luz de estos hechos es que don Jacinto, padre de Teresa, fue asesinado. Había cruzado una de las fronteras impuestas. Le contaron que su padre pidió ayuda después de ser impactado por una bala, pero estaba dada la orden de no auxiliar a nadie del otro lado del puente del río Minero, incluso si se era parte del personal de salud debía dejarles morir. Siendo Coscuez una jurisdicción del mismo Otanche, era común que entre los pobladores convivieran conocidos, pero la violencia les obligó a romper con sus lazos familiares y comunitarios. La forma de sobrevivencia que encontraron las comunidades ante la barbarie fue el silencio.



Escuelas de Palabra



Sus habitantes se vieron sometidos a las directrices que los grupos ordenaban. Poco ayudó que los pobladores percibieran la poca autoridad que tenían las instituciones del Estado en la zona, quienes habían sido doblegadas a los poderes locales, acrecentando la percepción (hasta el día de hoy) de la ausencia total del Estado.

Como en la leyenda Muzo que culpó a la mujer de romper el equilibrio, en la cultura esmeraldera existía el mito que las mujeres espantaban las esmeraldas; por esta razón la participación en el oficio tenía lugar en la cadena más baja de la producción ilegal. Asimismo, la bonanza de dinero incidió en la apertura de varios sitios donde se ejercía la prostitución. Muchas de ellas fueron asesinadas, desaparecidas, desplazadas o abusadas sexualmente por las facciones que disputaron la tercera guerra verde. La gran cantidad de asesinatos en esta disputa implicó que muchas quedaran como cabezas de hogar.

Ser líder o lideresa social implicaba riesgo, por lo que Teresa recuerda no haber participado ni en las reuniones de las Juntas de Acción Comunal. Ella lejos estaba de imaginar que años después, sería elegida concejala en Otanche por dos periodos (2012-2020), luego de superar un agresivo cáncer que por poco le cuesta la vida y la conminó a prometer a la Virgen de Chiquinquirá “que, si la sacaba de esta, le dedicaría gran parte de su vida a defender los derechos humanos”, especialmente de la salud de las mujeres campesinas. Desde este rol, se ha visto enfrentada a otras violencias: “Como decimos nosotros, aquí nos hacen zancadilla a la mujer. Cuando ya ven que levantamos un poquito vuelo nos amenazan”, pero ello no ha menguado su empeño de defender las causas sociales. Logró con orgullo sacar a sus hijos adelante y a diferencia de sus padres, rompió con la práctica (aún común en la zona) de enseñarles a manejar armas.

María: café y resistencias

A dos horas y media del municipio del Libano, norte del Tolima, se ubica el corregimiento de Santa Teresa. En esta zona rodeada de valles cafeteros nació María, lideresa de la Asociación de pequeños y medianos agricultores del norte del Tolima (ASOPEMA), organización que jugó un papel protagónico en las luchas campesinas del departamento durante los años 90 y parte del 2000.

Aunque sus padres le contaron de la violencia bipartidista que azotó el municipio en 1952, su primer recuerdo directo con el conflicto lo vivió cuando tenía 11 años. Bandoleros liderados por Jacinto Cruz Usma, alias “Sangrenegra” (famoso por marcar a sus víctimas con el “corte franela”), llegaron preguntando por ella, pues una de las prácticas que tenía el grupo era llevarse a las menores y abusarlas sexualmente. Cuenta María que su papá la escondió en un zarzo donde subían el café y les dijo que si se llevaban a su hija tenían que matarlos a todos. Aunque esa noche su padre la envió donde una familiar para que la cuidara, recuerda que muchas de las niñas de la zona no corrieron la misma suerte, entre ellas Myriam, su amiga de infancia.



Escuelas de Palabra



Al igual que Teresa, María no pensó nunca en ser una lideresa reconocida, pero el rompimiento del Pacto Internacional del Café y la apertura gradual del neoliberalismo desataron una crisis a nivel nacional, especialmente en los pequeños cafeteros. Viviendo en Líbano con su familia, recuerda que el gobierno del presidente Virgilio Barco creó las Unidades Municipales de Asistencia Técnica Agropecuaria (UMATAS) y que en el marco de programa incentivaron a los cafeteros para resembrar lo ya sembrado: Imagínese tumbar lo que habíamos sembrado ya”. Para ello, los bancos se ofrecieron a brindar créditos y apoyar en la tecnificación de los cultivos que para la época estaban afectados por la broca.

No obstante, el rompimiento del pacto desregularizó el precio del grano y redujo la intervención del Estado afectando de manera directa a países productores como Colombia. Las deudas adquiridas por los campesinos comenzaron a volverse impagables y con ello vino el embargo de las tierras. Es así como las comunidades campesinas decidieron organizarse y posterior al primer gran paro cafetero de Líbano y fundaron el movimiento ASOPEMA. Relata María que el día de la asamblea donde se escogieron las directivas departamentales y municipales, ella fue elegida para coordinar los siete municipios del norte de departamento; aunque le sorprendió que se hubiesen fijado en ella, asumió con total compromiso la designación.

Son muchas las acciones que desarrolló ASOPEMA, pero recuerda los dos grandes paros regionales cafeteros de 1995; el primero efectuado en el Líbano con una duración de 22 días y el segundo de 64 días realizado en Ibagué, con la participación de 10.000 campesinos y campesinas. María cree que el apoyo recibido de su familia fue fundamental, pues coordinar estas acciones le implicaban ausentarse por muchos días de su casa, pero sus hijos y su esposo entendían la importancia de su lucha; aun así, como tantas mujeres que asumen liderazgos, los roles de género hacían que María se sintiera obligada a iniciar sus labores a las tres de la mañana para dejar todo listo y así poder cumplir con las responsabilidades que se derivaban de su actividad política.

La resistencia mostrada por los campesinos y campesinas, les llevó a obtener su mayor objetivo que fue la condonación de las deudas, y aunque muchos de los puntos exigidos en los pliegos de peticiones fueron luego incumplidos, el resultado obtenido visibilizó a ASOPEMA como un movimiento fuerte y organizado que empezó a preocupar a sectores económicos y políticos del departamento. Como en la zona norte hacían presencia de las guerrillas de las FARC-EP y del ELN, este último con el grupo Bolcheviques del Líbano, poco tiempo transcurrió para que desde la fuerza pública y el Bloque Tolima se les vinculara erróneamente con estas insurgencias.

Como lideresa lidió con estos señalamientos, pero no fue sino hasta 2001 que dimensionó el riesgo que ello implicaba, cuando en junio, paramilitares del Bloque Tolima llegaron a su vereda, reunieron a los pobladores y con lista en mano preguntaron por su ubicación.





Gracias a un conocido que pudo escaparse de la reunión, logró salir con vida de la zona junto con su familia, sin embargo, como dice ella: “Perder nuestro territorio fue algo muy duro y yo no se lo deseo ni si quiera a un enemigo, porque perder el territorio es perder todas sus raíces”. Mientras sorteaba en Bogotá el desplazamiento, y los impactos que de él se derivan, no supo que tras su salida se desató la persecución contra ASOPEMA, con desapariciones forzadas, masacres como la de Frías (en Falan) y la de Parroquia (Fresno vía Mariquita), detenciones masivas contra campesinos y asesinatos selectivos.

El afrontamiento individual y colectivo a estos hechos fue el silencio y la desarticulación del movimiento, pues nadie quería asumir el liderazgo de ASOPEMA, tanto así, que sus integrantes decidieron dejar de mencionarla y no denunciar lo que les había pasado. Pasaron muchos años para que los líderes sobrevivientes rompieran su silencio y le narraran a Colombia a través de la Comisión de la Verdad lo que enfrentaron como organización. Desde los casi 400 kilómetros que hoy en día la distancian de Líbano, María ha reconstruido su proyecto de vida y sin proponérselo les heredó a sus hijos “el bichito del liderazgo” desde donde sigue trabajando en pro de los derechos por la tierra.

Bernarda: doblemente colombiana

Gonzalo Jiménez de Quesada al bautizar las tierras del norte del Huila como el valle de las tristezas no se imaginó que siglos después un poco más al oriente estarían las montañas verdes que serían escenario de violencia, pero también cuna de mujeres resilientes, tierra a la que José Eustasio Rivera había apuntado con más atino llamándola “tierra de promisión”.

En donde se desatan con majestuosidad las cordilleras y los caminos se conectan con Meta, Cundinamarca y Tolima, habitan los doblemente colombianos, llamados así por residir en el municipio de Colombia, Huila. En este valle, nació Bernarda, lideresa cafetera. Recuerda una infancia tranquila en compañía de su familia, aunque no sería la misma suerte para todos, la violencia de la época mancharía las aguas del río Ambicá y marcarían a unos como guerrilleros y otros como autodefensas.

En su proyecto de vida estaba inicialmente terminar enfermería, pero la violencia la apartó de ese sueño. En 2002, cuando tenía 17 años, en unas vacaciones, llegó a la vereda el Frente 17 de las FARC-EP, llegó a su casa y delante de su familia se la llevaron. Días antes de la retención habían escuchado ruidos de combates en la zona, pero no imaginó que terminaría siendo llevada para curar a los heridos. No recuerda el lugar, pero sabe que caminaron por dos días antes de llegar al campamento guerrillero. Allí había decenas de insurgentes, la mayoría de su edad, tenían todo tipo de heridas. Uno en particular le fue encomendado, supo que era de alto rango por la sentencia que le hicieron de mantenerlo con vida.

Luego de tres meses, cuando los heridos se habían curado le fue anunciado por el mismo comandante que ella cuidó, que gracias a sus buenos oficios debía seguir con ellos. Durante los preparativos del grupo para trasladarse, una joven guerrillera se le acercó y le propuso que se volaran juntas. En el descuido de un guardia emprendieron la huida. La hazaña la lograron por el conocimiento que

ambas tenían del territorio y por cómo sortearon a quienes las buscaban. La joven guerrillera se entregó al Ejército mientras que Bernarda desde Neiva, contactó a sus padres quienes ya se estaban haciendo a la idea de no verla más. De este episodio cuenta, se desencadenó una profunda depresión que sólo logró superar cuando nació su primer hijo.



EDUCAPAZ

Programa Nacional de
Educación para la Paz

Escuelas de Palabra

No fueron buenos tiempos para ella y su familia, como tampoco para la comunidad, pues en la misma época, llegó a la alcaldía un mandatario que militarizó el municipio, permitió violaciones de derechos humanos por parte de la fuerza pública, legalizó el porte de armas y trajo al grupo paramilitar Conquistadores del Yarí, una vez culminó su mandato. La llegada de este actor a la zona recrudesció la violencia, especialmente contra las mujeres, pues hubo actos de violencia sexual que por el miedo y la vergüenza permanecen sin ser denunciados hasta el día de hoy.

Aunque Bernarda se fue por muchos años, mantuvo los vínculos con su territorio. Su regreso se vio impulsado cuando en una feria en 2015, compartiendo palabras con un mandatario local, éste le dijera que en Colombia sus habitantes no tenían visión de futuro y menos de emprendimientos económicos. La indignación la llevó a organizarse en una asociación de mujeres cafeteras que hoy tiene su producto incluido dentro de la Taza de Excelencia Nacional. Su logro va más allá del éxito cafetero, pues “una de las cosas que más me gustan de esta experiencia es ver unida a una comunidad que desde el año 1950 no se hablaban, no podían pasar, ni una reunión”.

Vidas cruzadas

Aunque son generaciones y lugares distintos, a las tres las une la montaña, la lucha por la tierra y la resistencia. Las vidas de Teresa, María y Bernarda son el reflejo de miles de mujeres campesinas anónimas que, con la montaña y los ríos como testigos, han visto cómo sus vidas fueron trastocadas por la complejidad del conflicto armado. Por ello, en el marco del primer diálogo regional para la no repetición sobre las lecciones aprendidas del conflicto armado: la mujer, rural, impactos, resistencias, afrontamientos y persistencias, adelantado por la Comisión de la Verdad en la región Centroandina. Sus historias y muchas otras salieron a relucir, no solo por la potencia de sus voces, sino por los impactos diferenciales y la forma en como enfrentaron el contexto, sus liderazgos, el sentido de la organización y del territorio.

En sus relatos se pueden identificar varios impactos colectivos como la pérdida de la identidad campesina, pues ante el recrudescimiento del conflicto muchos pobladores se desplazaron hacia las ciudades. Además de las luchas por el uso de la tierra, la estigmatización, la desmotivación de asumir liderazgos sociales, la disolución de movimientos u organizaciones sociales y el rompimiento de los tejidos comunitarios. Pero también se pudo evidenciar como en su condición de mujeres se agudizaron fenómenos como la pobreza, la violencia intrafamiliar, la violencia sexual y el incremento del trabajo en el hogar para aquellas que asumen liderazgos y que se triplican en responsabilidades, por la presión que les impone una sociedad machista.



EDUCAPAZ

Programa Nacional de
Educación para la Paz

Escuelas de Palabra



Sus relatos reivindican la apuesta por la construcción de paz territorial. Un ejemplo es el caso de la asociación de cafeteras donde participa Bernarda, quienes trabajan desde el anonimato en la convivencia y la reconciliación del municipio de Colombia, no solo porque la asociación la integran mujeres víctimas y reincorporadas, sino porque lograron que se despojara del estigma por pertenecer a X o Y familia, y se vieran como mujeres que trabajan por su autonomía económica y por la equidad de sus derechos. Igual ocurre con Teresa y María que encontraron desde luchas concretas como la defensa de la salud y la tierra, el camino para seguir compartiendo su sabiduría y trabajo en la búsqueda de mejores condiciones para las habitantes del campo.

No es una tarea fácil, de hecho, ninguna vive hoy en sus territorios de origen, pues los diferentes grupos armados les hicieron desplazarse, pero como dice María: “Siempre se ha visto al campesino como alguien noble que se le puede vulnerar”, por lo que su identidad campesina les mantiene en convicción de no desfallecer y de seguir trabajando desde donde les ponga los avatares de la vida. Individualmente, aunque no contaron, ni cuentan, con ningún tipo de acompañamiento psicosocial, se han aferrado a sus familias, a la espiritualidad e incluso al silencio, para tratar de tramitar los dolores y las huellas que dejaron las acciones violentas en sus vidas y sus cuerpos, y que son una muestra de sus procesos resilientes.

Sus luchas, desde distintas orillas, son por romper las violencias heredadas desde los tiempos de sus abuelos. Han dado sus vidas, su tranquilidad e incluso su salud física y mental, por ello creen que si no hay un Estado comprometido con garantizar la equidad de los derechos de la población rural del país, especialmente de las mujeres, proteger los territorios, invertir desde la concertación en sus necesidades reales y, en especial, en cumplir con lo pactado en el Acuerdo de Paz, será muy difícil lograrlo. Saben que es un largo camino, pero se mantienen firmes y persistentes en alzar con sus voces y corazones, las demandas que sean necesarias para que la tranquilidad llegue a sus territorios.



EDUCAPAZ

Programa Nacional de
Educación para la Paz

Escuelas de Palabra

Si esta montaña hablara



En Colombia se han configurado escenarios hostiles para la sobrevivencia del campesinado y hoy, después del silencio de los fusiles, siguen olvidados.

Saliendo de Ibagué, pasando por el cruce de San Felipe, se abre la ruta serpenteada que conduce a la cordillera del norte del Tolima, la brisa fría llega a las mejillas, los helechos, los cafetales y los abismos se toman el paisaje. Más tarde cobijado por el nevado del Ruiz, se encuentra el municipio de Casabianca, con límites al occidente con el departamento de Caldas, al norte con el municipio de Herveo y Fresno, y al oriente con Palocabildo.

Entre el trabajo en el trapiche, los cultivos de cacao, caña, mora, café y el compartir con su familia vive sus días don José. A sus 60 años, sigue guardando sus raíces, y atesorando el amor a la tierra que le dejó su papá y a éste su abuelo y que él espera dejar a sus hijos. “De esta tierra yo nací, me críe, de esta tierra fue que tuve mi sustento, mi comida de acá, de los plátanos, del maíz, del tomate”, dice él a la vez que se siente orgulloso de su ropa con tierra y de sus botas de caucho, le gusta bajar al pueblo así, porque dice que le encanta ser y lucir como campesino.

Esta mañana evoca nostalgia, mientras dormía, don José tuvo una pesadilla disfrazada de recuerdo: sus papás si le habían contado lo que significó la época de La Violencia, pero vivirlo fue distinto: “Cuando en 1992 llegó el ELN al norte con los bolcheviques, ahí el cuento cambió, En esa época, los uniformados llegaron hablando de justicia y redistribución de la riqueza, sin embargo, esos mismos pedían para la causa, hacían cuentas del ganado y de la leche que salía de las fincas para pedir su parte”.

Aunque ya no escucha el sonido de los fusiles y la calma parece cobijar las montañas llenas de palos de café y cacao, aún hay desconfianzas entre los vecinos, rezago que dejó el señalamiento al otro y el control que tenían los grupos armados de la región.

José recuerda, por allá en el 2000, cuando a su hermano Alcides bajando una mula con panela se negó a entregar el impuesto de parte del producido y en respuesta al día siguiente fue asesinado. Alcides también tenía una finquita, a ella se llegaba desde su finca pasando dos potreros, siempre conversaban de lo duro que era seguir produciendo cuando la guerrilla o los “paracos” se llevaban parte del producido y con el miedo no había forma de negarse, la muerte de Alcides fue un golpe duro para la familia.

Al iniciar labores se dirige al trapiche, ha pasado un mes y hoy toca molienda, camina con su hija Catalina quien disfruta el olor del pasto apenas húmedo por la bruma de la madrugada.



Escuelas de Palabra



Sus ojos aún no pierden el brillo que quita la crueldad de la guerra. A Catalina, de ideas claras, le han dicho que hable pasito, pues en el campo es mejor no llamar la atención. Pasando los sembrados de caña, colina abajo llegan a su destino, el olor dulzón se cuele por la brisa fría, y las abejas revolotean por todo el lugar. Allí se encuentra con varios trabajadores, algunos van a recoger café, otros le van a colaborar a moler caña, unos vienen de Quindío y Cundinamarca,

otros de Boyacá, mientras Ernesto, que viene de Zipaquirá, alista las ollas que van a recibir el néctar en que se convertirá en panela, le cuenta que la cosa está dura, el tratado de libre comercio y que el Estado importe lo que producen acá sigue empobreciendo la vida del campesinado. “Nosotros los productores agrícolas creíamos que con los Tratados de Libre Comercio (TLC) iba a llegar tecnología y se aumentaría la producción, pero nos llevamos una sorpresa al ver que ahora los productos teníamos que venderlos a precios muy bajos, al final, terminamos trabajando a pérdida”, expresa.

Don José les cuenta a sus trabajadores que antes, por allá en 1995, era muy difícil que ellos entraran a las fincas a sus labores ya que la guerrilla hacía retenes a la entrada de Palocabildo y les resultaban sospechosas las personas que vinieran de otros departamentos. Algunos eran señalados de informantes del Ejército, muchos murieron en esta disyuntiva, pero esto no solo pasaba con la guerrilla; en el 2000 cuando llegó a la región el paramilitarismo, la cosa fue aún peor, muchos de esos trabajadores fueron víctimas de desaparición forzada y asesinato, al ser acusados por los paramilitares de informantes de la guerrilla.

“Así ha sido siempre, el campesino y quien trabaja queda en medio”, don José no solo ha vivido lo que significó producir en medio del conflicto, sin poder sacar los productos por la carretera ni recibir ayuda de trabajadores, también ha sentido la muerte de sus amigos, vecinos y de su hermano, la guerra ha marcado su vida, los vecinos que se llevó la violencia y las nuevas generaciones que también han abandonado el campo: “La realidad es que el campo se está quedando sin gente, los jóvenes no se quieren quedar en su terruño, uno los entiende ¿qué garantías nos da el Estado para que los campesinos podamos permanecer trabajando en el campo?”.

Cuando ya es hora del almuerzo, José se reúne con la familia, Martha su esposa y sus hijos Camilo y Catalina, él habla pasito durante el almuerzo, algo que les heredó el conflicto armado a los de su edad: “En ese entonces tocaba hablar a voz baja, porque tocaba ser mudo y sordo para no ir a tener problema”.

Camilo menciona que debe bajar a las 5 de la tarde para el pueblo para coger el carro de las 6, don José y Martha recuerdan que en la época donde estuvo más duro el conflicto eso no se podía hacer ya que la guerrilla mandaba razones con el presidente de la Junta de Acción Comunal de la vereda, y entre muchas de las normas que habían, no podían estar en los caminos después de que ya oscurecía, habían muchos castigos, a veces tocaba ir a arreglar las carreteras, pero en otras ocasiones se corría con peor suerte.



EDUCAPAZ

Programa Nacional de
Educación para la Paz

Escuelas de Palabra

Camilo el hijo mayor, a sus 24 años estudia en Ibagué, pero viene cada semana a Casabianca, además de visitar a su familia, adelanta un proceso con paneleros de la región, él heredó el amor al campo y a la tierra. Camilo aplica lo aprendido en la universidad liderando un proceso con 30 familias de la región, familias que usaban el caballo para moler caña y hoy adelantan proyectos productivos para tecnificar sus producciones.

El norte del Tolima, tuvo presencia de múltiples actores armados, en 1992 hizo presencia más fuerte el ELN con el frente 'Bolcheviques del Líbano', en 1995 el Frente Tulio Varón de las antiguas FARC-EP y en el 2000 en algunos municipios hicieron presencia grupos paramilitares con el Frente Omar Isaza y el Bloque Tolima de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).

Campeños como don José han tenido que estar en medio de los enfrentamientos y en ocasiones han sido el objetivo de los hechos violentos, la naturalización de la violencia, la violación a la libertad de movilidad, el abandono del Estado, la imposición de órdenes sociales por parte de la insurgencia. En Colombia se han configurado escenarios hostiles para la sobrevivencia del campesinado y hoy después del silencio de los fusiles siguen olvidados.

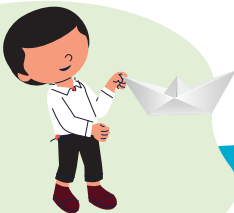
A pesar de los hechos vividos y la precariedad a la que aún se ven expuestos, campesinos como don José siguen resistiendo en el campo, por el arraigo a la tierra, por seguir en la defensa de la soberanía y seguridad alimentaria, siguen en la lucha para que las y los campesinos puedan ser considerados sujetos y sujetas de derecho y que desde las administraciones locales y nacionales puedan encaminarse políticas públicas que mejoren la situación de vulnerabilidad de los campesinos y campesinas de Colombia.

El sonido de los sueños

Las afectaciones del conflicto armado sobre niños, niñas y adolescentes, ha sido históricas y sistemáticas.

“Los sueños y metas con los que uno crece cambian cuando la guerra toca la puerta, los planes tienen más obstáculos cuando uno nace en municipios donde el sonido de las balas y la falta de oportunidades son el diario vivir”. Estas son las palabras con las que Martín describe su vida en un país en el que el conflicto armado se ensañó contra los jóvenes.

Martín nació en una familia campesina del Occidente de Boyacá, su niñez transcurría entre labores del campo e historias de los abuelos que mientras jugaban parques en la noche, él aprovechaba los restos de las lluvias propias de la zona, para poner a navegar sus barcos de papel, soñaba conocer los lugares que las charlas describían, pensar en viajar lo hacía transportarse a la inmensidad que solo la imaginación puede lograr.



Escuelas de Palabra



Siendo muy joven recuerda como una tarde mientras la bruma se apoderaba de la montaña verde donde quedaba su casa y la taza de café le mantenía caliente las manos, escuchaba de los vecinos como la guerra estaba cada vez más cerca, murmuraban que se habían ido muchos muchachos y que la región ya no era la misma, por días tuvo muchas preguntas sobre sus compañeros que se fueron y al igual que siendo niño se imagina los lugares donde podían estar.

Para ese tiempo no podían ir a la escuela pues hacía más de 4 meses no tenían docente asignado y por las lluvias era cada vez más difícil llegar, por lo que lo ocupaban en la cosecha. Recuerda el tiempo cuando iba a la escuela con nostalgia, como una sensación difícil de describir, le gustaba ir, pero le daba miedo que volviera el sonido de las ráfagas de fusil que, aunque se esforzaba por callar en su memoria, seguían siendo más fuerte que las risas y los lápices.

Una mañana mientras acompañaba a su abuelo al pueblo a vender la cosecha un grupo detuvo el carro en que se transportaban junto con otros vecinos de la vereda, Martín recuerda que a veces los detenían, pero los dejaban continuar y otras veces solo saludaban, esa mañana vio en los ojos de su abuelo el miedo, como quien presiente una tragedia, se angustió por no entender que sucedía, él y otros jóvenes fueron obligados a bajar del vehículo, les pidieron que los acompañaran mientras los vecinos les rogaban que no se los llevaran.

La sensación era indescriptible, se mostraba impávido pero el miedo consumía su mente cuando cada paso lo adentraba en la montaña, escuchaba los gritos y el llanto en la distancia de quienes luchaban por no dejarlos ir, supo que su suerte estaba echada al llegar al campamento y recibir la primera orientación de guerra, como un pensamiento persistente pensaba en su abuelo y que dirían en su casa, ahí supo que soñar es diferente para quienes viven en el campo y la vida es diferente cuando las balas se cruzan por el cerco.

Al entregarle las armas para entrenar y los uniformes sentía como empezaba a ver la vida diferente, extrañaba su casa mientras conocía nuevas personas quienes, sin él saberlo, se convertirían en su familia, adoptó un nuevo nombre que sería el inicio de una madurez temprana, los recuerdos de las ráfagas dejaron de estar solo en su memoria y se convirtieron en su presente, aprendió a vivir con miedo y ver enemigos en quienes podrían ser sus vecinos, quienes por azares de la vida estaban en otro bando o habían tomado otro camino, peleando guerras que cada vez sentían más ajenas.

Con el pasar de los años, Martín aprendió a sortear la vida en las circunstancias propias del conflicto, recibió consejos de sus compañeros que llevaban más años en las filas que la propia vida de Martín, sintió alegrías y tristezas, se permitió volver a soñar al ver niños estudiando en las veredas lejanas, soñaba con que ellos escucharan más fuerte la paz que los fusiles.

Una tarde mientras aguardaban la noche escucharon de su comandante la posibilidad de un proceso de paz, para Martín fue inevitable encharcar sus ojos en lágrimas, pues podía ser la oportunidad de volver a casa, poder trabajar en lo que le apasionaba, poder tener una familia lejos de las balas y sin duda viajar con la libertad propia del aventurero que siempre quiso ser.



EDUCAPAZ

Programa Nacional de
Educación para la Paz

Escuelas de Palabra

Una vez consolidado el proceso, cuando Martín entregó su fusil pensó que sería más fácil, pero fue como dejar parte de su cuerpo, un dolor paradójico e indescriptible pues representaba enfrentarse a una vida desconocida y llena de riesgos sin lo que significaba más que un arma, con el corazón lleno de emoción siguió cada paso y fue constante en el camino sin saber que la vida le tendría guardado una serie de obstáculos más, los ojos que señalan y juzgan como púas eran cada vez más constantes y a la vez sordos, como si algo les hubiera dado una superioridad moral que les permitía emitir juicios sobre su vida y sugerir condenas ignorando lo que Martín trataba de gritar desde su silencio.

Desde su experiencia supo la importancia del trabajo conjunto y como desde allí podía aportar a su comunidad, con una sonrisa cuenta como muchos de sus compañeros también trabajan por un territorio que aporte a la paz, cuando se reúnen, narran sus historias con la nostalgia que hace recordar a quienes ya no están, pues el apostarle a la paz también ha costado la vida de muchos quienes soñaban con un futuro diferente. El odio y rencor en algunos momentos trataron de nublar su objetivo, pero sin detenerse en ellos porque él mismo recorriendo el país con las botas embarradas vio el dolor de la guerra en el rostro de su gente y supo que el futuro no podía ser igual, quería que la esperanza fuera el camino para que otros niños pudieran soñar y que su risa fuera más fuerte que el sonido de la ensordecedora guerra. Martín de la manera difícil, supo que hay que aprender a escuchar la paz porque la guerra podrá robarse todo, menos el alma de quienes sueñan.

Años más tarde, las historias de su niñez las narra mientras le cuenta a su hija como fue su vida cuando el conflicto lo llevó a abandonar los barcos de papel y a olvidar sus viajes aventureros, dice con voz apaciguada que hoy la vida es otra, aunque siempre estará unida a nuestro pasado, la invita a ser consiente a su temprana edad, sin que pierda la magia propia de la niñez, y le dice, en el campo los niños también tienen sueños y que ojala ella sea quien guíe a su generación a ser quien escriba y narre de su propia historia.

Mariposas amarillas en tiempos de guerra

Líderes políticos y sociales, así como defensores de Derechos Humanos han sido víctimas principales durante las décadas más álgidas del conflicto y la región centroandina fue escenario protagónico de este repertorio de violencia.



Escuelas de Palabra



Esther es una mujer que inspira respeto. Es alta y espigada y de movimientos suaves. Refleja el liderazgo político que caracterizó a la generación de mujeres huilenses que se destacó en la coyuntura del tránsito a la nueva Constitución Política de 1991. La política corría por las venas, hija de político liberal, esposa de político liberal, Esther fue una de esas pioneras que, en la década de los noventa, mientras el sistema político abría sus puertas a nuevas participaciones, se subió a las tarimas y elevó su voz en las manifestaciones de un periodo que, en la historia de Colombia, parecía prometedor. En 1998, el mismo en que Colombia anunció que iniciaría un nuevo proceso de paz con la guerrilla de las FARC, ella llegó al Congreso de la República y su voz se elevaría en los años siguientes en el Salón Elíptico del Capitolio Nacional, el más representativo de la democracia colombiana.

Sin embargo, a medida que se acercaba el nuevo milenio, el panorama en el país resultaba más incierto. El proceso de paz entre la guerrilla de las FARC y el gobierno fue perdiéndose en los vericuetos de dos adversarios que jamás confiaron plenamente en el otro, pero que tampoco se fiaron de la mesa de negociación. El secuestro se convirtió en una amenaza constante para múltiples sectores y los desplazamientos internos, así como los exilios voluntarios fueron el telón de fondo del cambio de milenio; mientras tanto, las advertencias, amenazas y hostigamientos entre los múltiples actores del conflicto se incrementaron progresivamente.

Aquella mañana de septiembre, mientras Esther desayunó con su compañero de vida, no imaginó que sería la última vez que estarían juntos. Un par de horas después en una carretera nacional un comando de hombres fuertemente armados interceptó el automóvil y la llevó a la profunda selva del sur colombiano. Ella no lo imaginó, pero los siguientes años, no participaría en las siguientes dos elecciones legislativas y presidenciales, en el Vaticano moriría un Papa y elegirían otro, los celulares no solo se masificarían, sino que se transformarían en herramientas de trabajo inteligente y el proceso de paz finalmente fracasaría estrepitosamente. Pero más allá de un mundo que cambiaba, cuando Esther volvió a la libertad, casi siete años después, era viuda, tenía dos hijas adultas a las que no vio convertirse en mujer y para entonces, había atravesado todo el sur del país a través de uno de los escenarios más agrestes de la geografía latinoamericana: la selva húmeda amazónica. Se había transformado en una rehén bajo excusas políticas y con el objetivo de presionar al gobierno nacional a un intercambio humanitario: el viacrucis de Esther, como el de miles de colombianos y colombianas víctimas del horror del secuestro, marcó una época de espanto, apatía y un progresivo acostumbramiento a la violencia que sobrepasó cualquier límite.

Líderes políticos y sociales, así como defensores de Derechos Humanos han sido víctimas principales durante las décadas más álgidas del conflicto. No deja de resultar paradójico que este periodo coincidió con el proceso de ampliación democrática que había impulsado la Constitución Política de 1991. La transición del bipartidismo al multipartidismo fue interrumpida por un incremento de la violencia hacia liderazgos políticos, sociales y comunitarios, que ya no solamente atacaba terceras políticas (como había ocurrido en la década precedente, por ejemplo, contra la Unión Patriótica), sino que no distinguía color político u orientación ideológica.

¿Cómo podríamos explicarnos que la apertura democrática coincida con un incremento, tanto cuantitativo como cualitativo, de la violencia hacia líderes sociales y políticos por parte de los diversos actores armados legales e ilegales? La historia de Esther, de cierta manera, es el relato de un país cuyo proceso constituyente para avanzar a la nueva democratización, no bastó para que el país superara los procesos de violencia política del periodo precedente.



Programa Nacional de
Educación para la Paz
Escuelas de Palabra

A partir de la década de 1990 (especialmente, a mediados) la guerra se desmadró: las afectaciones contra líderes políticos, sociales y comunitarios se multiplicaron. Funcionarios públicos en ejercicio, titulares de cargos de elección popular, líderes naturales, autoridades de partidos políticos se convirtieron en objetivo militar por ser entendidos como representantes del Estado. Ningún partido o movimiento se libró de tal condena impuesta en el centro del país por la guerrilla de las FARC-EP, principal responsable de esta afectación.

El secuestro no fue el único flagelo que los liderazgos políticos y sociales afrontaron durante esta década de espanto: las amenazas constantes, los asesinatos selectivos y las masacres, que se agudizarían a mediados de la década siguiente, se convirtieron en sentencias para las corporaciones públicas y los diferentes partidos y movimientos. Las más afectadas fueron “las bases” de dichas organizaciones, y aunque en la región Centroandina se presentaron magnicidios (tenemos en el mismo periodo el asesinato de dos ex gobernadores del Departamento del Huila, por ejemplo), cuantitativamente los principales afectados fueron concejales y ediles de municipios de menor categoría que ejercían liderazgos representativos en sus comunidades.

En este punto es importante hacer una distinción que va más allá de lo terminológico: si bien sabemos que las categorías de líder social y líder político no necesariamente son asimilables, esta representación edilicia o concejal no necesariamente implicaba una carrera o “ejercicio político de tiempo completo”, en muchos poblados era un devenir natural del líder comunitario. El líder que gestionaba regalos para los niños en octubre o tramitaba una cancha para el barrio entendía que siguiente paso para seguir ayudando a sus comunidades era “lanzarse al concejo”; en la mayoría de ocasiones no vivía de este ingreso y en los intervalos de su labor política podían ser panaderos, negociantes o maestros. En múltiples ocasiones, la violencia truncó esos ejercicios representativos y cercenó liderazgos de comunidades a lo largo y ancho de las cordilleras del país.

Como colombianos y colombianas, vale la pena preguntarnos, cuántos de estos concejales podrían haber llegado a ser alcaldes, diputados o gobernadores, cuántos liderazgos fueron interrumpidos por el horror de la guerra dirigida hacia ellos y ellas. Claro, ello sin mencionar sus viudas, huérfanos, familias rotas, así como movimientos políticos y sociales acéfalos.

La grave crisis ocasionada por esta violencia abrió el fenómeno de gobierno a distancia. Más de dos docenas de alcaldes y concejos se retiraron a gobernar a las capitales de departamento, y en algunos casos desde la misma Bogotá por extensos periodos de tiempo. Esta situación fracturaba la democracia, no solamente porque profundizaba un centralismo de facto que iba en contravía de los presupuestos orgánicos de la nueva Carta Política, sino porque además permitía el surgimiento de órdenes sociales paralelos, generalmente impuestos por el actor armado que había propiciado la situación.

Quienes se quedaron en sus pueblos lo hicieron a veces en medio del miedo o haciendo malabares sobre pactos tácitos con el actor armado: eran protagonista de una frágil realidad donde el contrato social del que hablaba Rousseau y evidentemente, el Estado, estaban ausentes.



EDUCAPAZ

Programa Nacional de
Educación para la Paz

Escuelas de Palabra



Mientras Esther atravesaba las selvas de Colombia de oeste a este, al mismo tiempo que sus hijas crecían, en los múltiples municipios del centro del país el rumor se extendía como la planta de cizaña de los evangelios. Como en el cuento de García Márquez “Algo muy grave va a suceder en este pueblo” el rumor fue erosionando los vínculos comunitarios. La amabilidad y la apertura a los foráneos fue reemplazada por un temor generalizado a quien llegaba al pueblo, por ser asociado a milicianos o informantes asociados a los grupos armados; las puertas abiertas en las casas de los pueblos se cerraron para dar paso a miradas temerosas entre los visillos de las cortinas.

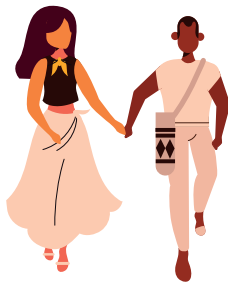
¿Y qué hicieron los partidos políticos? Comunicados, cartas, frases repetidas tras cada secuestro o asesinato, pero en líneas generales fueron apáticos o tímidos a una reacción contundente tras el secuestro o la muerte de sus “afiliados” y representantes. Aún hoy nos preguntamos como país qué iniciativas de memoria adelantaron estas organizaciones para no permitir que sus víctimas cayeran en el olvido. Hay silencio: la mayoría de estas iniciativas han sido iniciativas de sus deudos o de sus familiares y no de la institucionalidad política. Un ejemplo constante de ellos es la Marcha de la Luz que se realiza cada febrero por parte de las familias de los concejales masacrados en Rivera por las FARC-EP en ese mismo mes del año 2006.

Han pasado casi cinco años de la firma de los Acuerdos de Paz y más de diez de que Esther volviera a la libertad. Ella ha creído en este proceso, y también ha vuelto a recibir señalamientos por parte de la sociedad por dicha decisión. No resulta tan extraño si se piensa que hemos crecido en una sociedad que ha pasado décadas enseñando a odiar, a señalar y estigmatizar al distinto y a vivir en medio de antagonismos que levantan muros y ponen etiquetas al adversario. Como país necesitamos avanzar en las capacidades de fortalecer una democracia que está constituida por personas de carne y hueso, por sus historias, por sus expectativas de liderazgo y por opiniones que pueden ser diferentes, pero que nunca podrán ser una excusa para destruir la otredad.

En noviembre de 1960, la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana asesinó a las hermanas Mirabal, conocidas como “las mariposas” por oponerse a su sangriento régimen. En esa misma década, nuestro premio Nóbel de Literatura, Gabriel García Márquez, convirtió a las mariposas amarillas en un ícono del Macondo imaginario de nuestro relato. Las mariposas que representan esas mujeres valientes que se levantaron para ser símbolo de resistencia es también la historia de nuestros pueblos y aún en tiempos de guerra, ellas, todas ellas, viven como símbolo de paz y esperanza.



Programa Nacional de Educación para la Paz
Escuelas de Palabra



Créditos

Dirección y coordinación editorial Comisión de la Verdad

Martha Patricia Obregón Silva
Coordinadora de la Macrorregión Centroandina.

Maria Alejandra Trujillo Orozco
Analista de diálogo social de la Macrorregión Centroandina.

Natali Isabela Quintero Ortiz
Analista de la territorial Huila.

Natalia Suarez Malaver
Analista de diálogo social en el Tolima.

Luis Fernando Pacheco Gutiérrez
Analista de la territorial Huila.

Jessica Alejandra Herrán Vaquiro
Comunicadora social y periodista de la Macrorregión Centroandina.

Diseño y diagramación

Leonardo Sarmiento - Diseñador
Grafismo Impresores y Editores Ltda.

Impresión

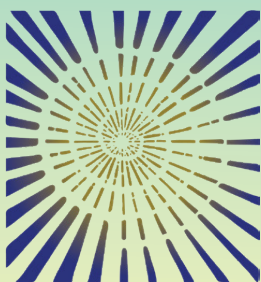
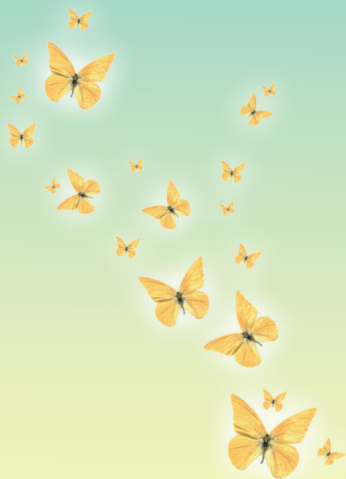
Grafismo Impresores y Editores Ltda.

Colaboración

Escuelas de palabra

Apoya

Educapaz



COMISIÓN DE LA
VERDAD

Síguenos en:



www.comisiondelaverdad.co



[/ComisionVerdadC](https://www.facebook.com/ComisionVerdadC)



[@ComisionVerdadC](https://twitter.com/ComisionVerdadC)



[@ComisionVerdadC](https://www.instagram.com/ComisionVerdadC)



Comisión de la Verdad
nuestro canal de Youtube.



Correo electrónico
info@comisiondelaverdad.co

Contáctanos

Carrera 9 # 12C-10

PBX: 7444344

notificaciones.judiciales@comisiondelaverdad.co

Bogotá, D.C. - Colombia